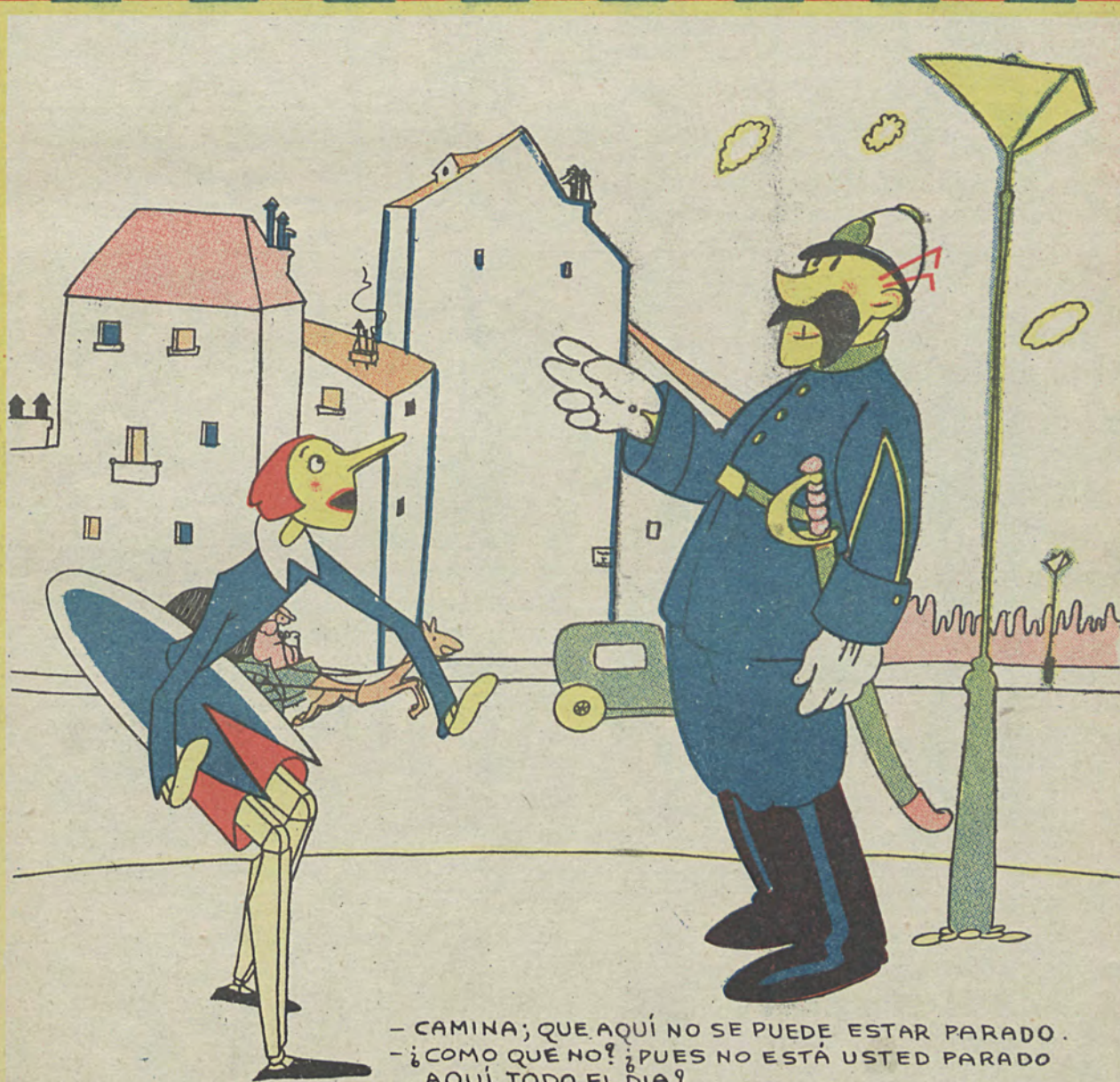


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 300

25 cts

16 NOVIEMBRE
1930

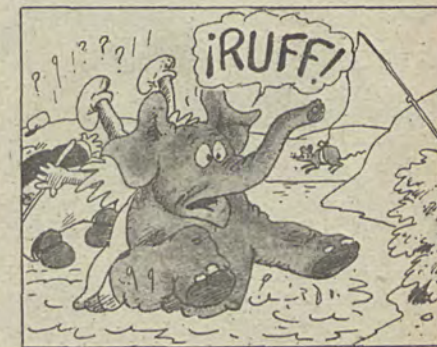
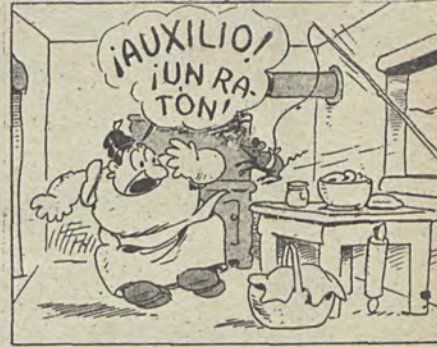


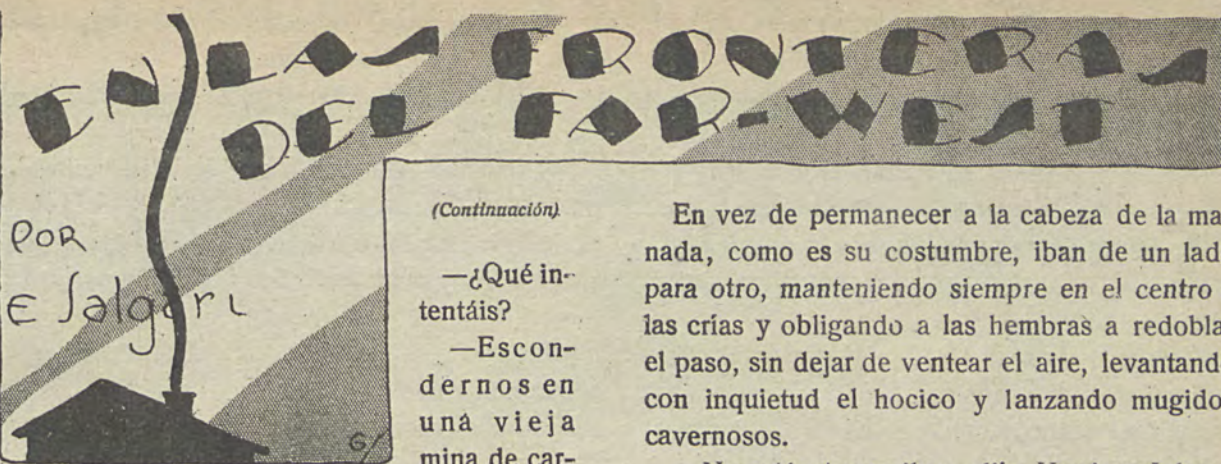
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tín y Tón





(Continuación)

—¿Qué intentáis?

—Escondernos en una vieja mina de carbón abandonada hace muchos años. Yo he trabajado en ella, y conozco las galerías.

—¿Dónde se encuentra?

—En las primeras estribaciones de la Sierra Escalada, a seis leguas de aquí.

—No sé si los caballos resistirán tanto—dijo el sargento, moviendo la cabeza.

—Id, y no esperéis a los *chayennes*, que aquí nos matarían a todos, mientras en los pozos encontraremos magnífico refugio.

—Lo intentaré—dijo el sargento.

Pusieron los caballos al galope, y volvieron hacia el campamento.

Apenas llegaron cerca de los furgones, se dispusieron a acometer a tiros a las avanzadas de los bisontes, contando con una espléndida cena. Para el mejor resultado de la caza querían conseguir aislar del grupo a alguno de aquellos gigantes rumiantes.

Entretanto, la manada, que no era muy numerosa, pues se compondría de unas quinientas cabezas, seguía corriendo entre la hierba, seguida de una verdadera horda de *coyotes*, entre los cuales se encontraba algún que otro lobo negro.

Parecían temerosos los bisontes, y al pararse breves momentos para comer *buffalograss*, su hierba favorita, volvían asustados la cabeza hacia el sur, o sea en dirección del río.

Lo que sobre todo llamaba la atención de los cazadores era la maniobra de los bisontes machos.

En vez de permanecer a la cabeza de la manada, como es su costumbre, iban de un lado para otro, manteniendo siempre en el centro a las crías y obligando a las hembras a redoblar el paso, sin dejar de ventear el aire, levantando con inquietud el hocico y lanzando mugidos cavernosos.

—No están tranquilos—dijo Harris a John y a Jorge, mientras el sargento, después de haber cambiado algunas palabras con los *squatters*, hacía levantar rápidamente el campo, a pesar de las protestas de las mujeres y de los niños.

—Los bisontes—añadió Harris—no son tan estúpidos como se cree: cuando no están reunidos millares de millares y se ven en corto número, huyen siempre del *piel roja*.

—Así es—añadió el *indiant-agent*—. Pero si los caballos resisten hasta los pozos de Moga-lón, tendremos un refugio espléndido y no nos descubrirán los indios. Los *chayennes*, por otra parte, deben de estar todavía lejos.

—¿Son pozos profundos?—preguntó Harris.

—¿Los de la mina? Setecientos u ochocientos metros, con inmensas galerías, algunas de las cuales suelen estar inundadas—respondió John—. Allí estaremos seguros.

—¿Y los furgones?—preguntó Jorge.

—Ya se darán por contentos los *squatters* si salvan su cabellera y la de sus mujeres e hijos, aunque pierdan los carros y el mobiliario.

—Es que nosotros también perderemos nuestros caballos—dijo Harris.

—Se procurará defenderlos—respondió el *indiant-agent*—. Por mi parte, prefiero salvar ahora mi piel, aunque luego tenga que buscar otro caballo. Las *caballadas* son todavía numerosas en el Utah, y desafío a cualquier vaquero a servirse del lazo mejor que yo.

La caravana estaba ya dispuesta a seguir la marcha.

Había sido levantado el campo, y las mujeres ultimaban los preparativos de la comida.

Habitados a vivir como los mineros, los fugitivos devoraron en pocos minutos las humeantes tortillas y la carne frita que les sirvieron, y en seguida todos montaron, en tanto que los pesados furgones, dando tumbos y chirriando sus herrajes, se abrían paso por entre las altas hierbas.

Los bisontes habían visto ya a la caravana, y como por instinto consideraban tan temibles a los hombres blancos como a los rojos, se desviaron un poco hacia levante, con la intención, sin duda, de que les ocultara del enemigo un espeso bosque.

A mediodía, la caravana había recorrido ya algunas leguas, cuando John, que cabalgaba al lado del sargento, seguido del *gambusino* y de Harris, mientras Jorge iba a la retaguardia, se alzó bruscamente sobre la silla y aspiró con avidez el aire, calentado por un sol ardentísimo.

Los furgones atravesaban en aquel momento los límites de la pradera septentrional, rica de plantas, especialmente *somaches* y artemisas, secas a la sazón.

—Harris—dijo con voz alterada—, ¿ves algo?

—Nada, John.

—¿Ninguna columna de humo?

—No.

—¡Mira bien, camarada! ¡No puedo engañarme!

Nube Roja, que había oído aquellas preguntas y respuestas, se acercó y dijo:

—Olor de humo; algo se quema en la pradera.

—¿Lo percibes tú?

—Sí.

—El viento sopla del sur; luego el fuego debe de ser hacia el río. ¿Quién puede haberlo producido? Los indios, de seguro.

—No pueden habernos descubierto todavía—dijo Harris—. Además, ya sabemos lo imprudentes que son: por encender su pipa no reparan en incendiar un bosque.

—Eso es verdad, camaradas; pero no estoy tranquilo, y quisiera haber llegado ya a la mina.

—Por lo pronto, los caballos están extenuados—dijo el viejo sargento.

—Cuando vean las llamas recobrarán su vigor.

—¡Amigos —añadió John, resueltamente—, pasemos a retaguardia y ordenemos a los *squatters* espolear a los caballos! Todavía necesitamos lo menos tres horas para llegar a la mina.

Prevenidos del peligro del fuego que se acercaba, los *squatters* fustigaron a sus caballos, y los pesados carros aumentaron un tanto su velocidad, mientras aquéllos animaban a los conductores, a las mujeres y a los niños.

El olor a quemado era cada vez más perceptible, aunque el incendio debía de estar todavía lejos, pues no se descubría la menor columna de humo.

Todos, sin embargo, estaban inquietos y se alzaban sobre las sillas para ver mejor el horizonte, esperando de un momento a otro que se oscureciera el cielo por el humo.

Los bisontes habían pasado a carrera furiosa casi a un tiro de carabina, y corrían a refugiarse en la llanura selvática, abundante en agua y humedad.

Ya el sargento iba a ordenar una breve parada para que descansaran los caballos, cuando John, que tenía la vista más aguda que los otros, dijo:

—¡Mirad el fuego!

Los jinetes de la retaguardia, impresionados siniestramente por aquellas palabras que podían anunciar un desastre espantoso, se volvieron.

El *indian-agent* no se había engañado.

Hacia el sur avanzaba como un inmenso telón de tonos cárdenos y rojizos, coronado por un negro penacho de humo denso que hacía extrañas oscilaciones.

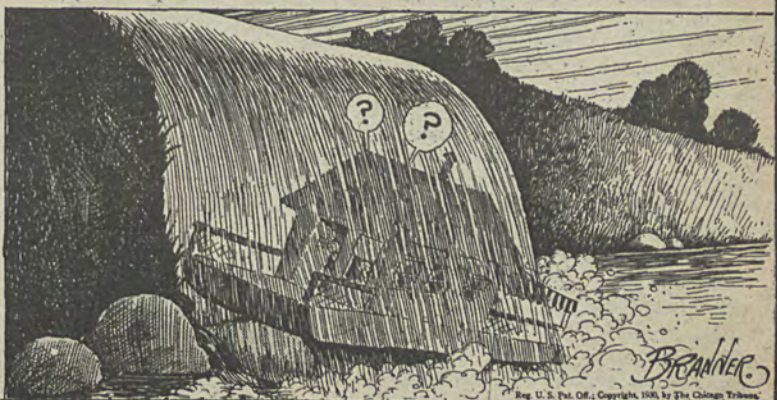
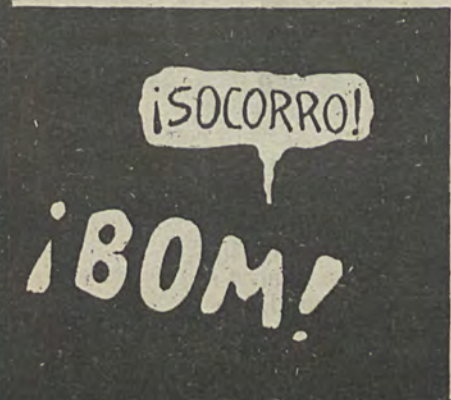
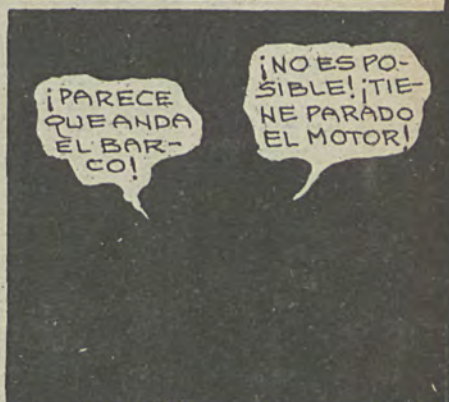
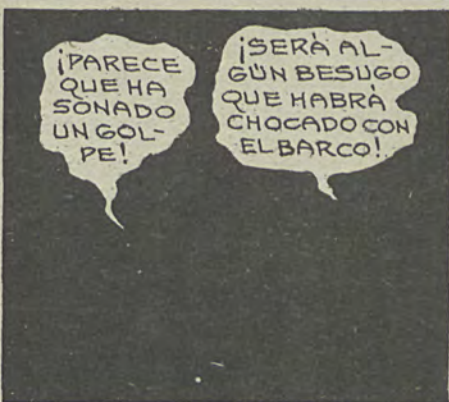
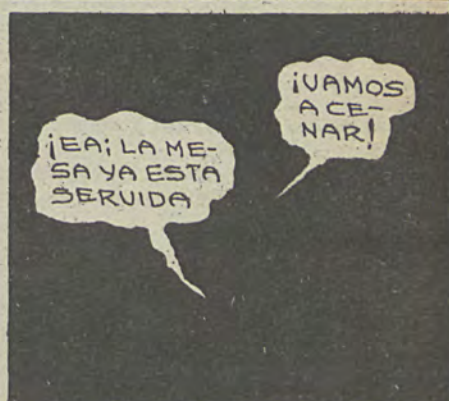
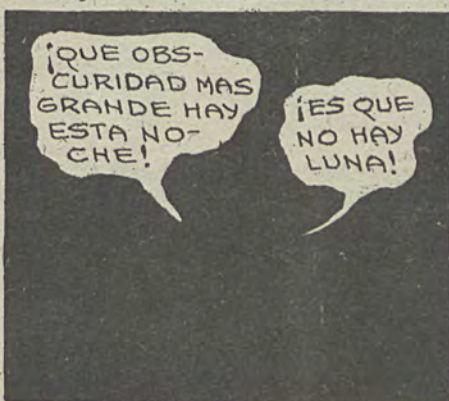
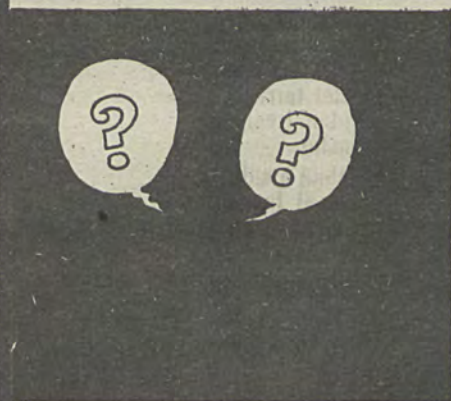
Se extendía con rapidez fulmínea, y lo que más impresionaba era que tendía a formar como un inmenso semicírculo, en cuyo centro quedaba la caravana.

—¿Qué decís, sargento?—preguntó John a éste, que parecía aterrorizado.

(Continuará en el próximo número.)



COLORÍN y su PANDILLA





La gran familia pinochista se encuentra en estos momentos cruzando el Canal de Panamá.

Todos los miembros de esta numerosa familia se agolpan en la proa del buque que lentamente va surcando las aguas que enlazan los dos océanos y contemplan con los ojos desmesuradamente abiertos las bellezas de los panoramas.

Tecia, movida también por la curiosidad de admirar el paisaje se ha salido de la cocina y se ha subido a cubierta la cesta de las patatas que poco a poco va pelando sin desperdiciar, al mismo tiempo, ni un detalle de cuanto desfila ante sus ojos.

Tin y Ton, a falta de otra travesura que poder hacer en aquel momento, se entretienen con un berbiquí en hacer agujeritos en el casco del barco, con el perverso propósito de que este se hunda con todo lo que lleva dentro.

Pero Laura, la co-torra indiscreta, los ha visto, y ya viene con el cuento a decir lo que pasa al Capitán Corretón, el que ha bajado a su camarote para coger la estaca de los días de fiesta. Una estaca que pesa dieciseis kilos y que tiene más nudos que el pañuelo de don Turulato. (Hagamos constar que don Turulato es un hombre que no se acuerda de nada y que para recordar las cosas se hace nudos en el pañuelo.)

El sabio buho, a requerimiento de sus compañeros de viaje se ha colocado encima de uno de los barriles que existen sobre cubierta, y en voz alta, porque el viento es muy fuerte, les va contando detalles relacionados con el Canal.

Coloquémonos entre los viajeros y oigamos lo que el buho dice.

Estamos cruzando, señoras, señoritas, señores y señoritos, el Canal de Panamá, que mide una longitud de ochenta kilómetros. Sin embargo, la distancia que separa las orillas del océano Atlántico, de las del Pacífico, es sólo de sesenta y cuatro kilómetros. Quiero decir con esto que la trayectoria del Canal no es, ni mucho menos, una línea recta.

—¡Bravo!—gritó don Turulato batiendo palmas.

—Haga el favor de callarse o váyase a su camarote—protestaron todos—. No vale interrumpir.

—Bueno, pues entonces no he dicho ¡bravo!—contestó don Turu—. Está visto que la han tomado conmigo.

La anchura máxima del canal—siguió hablando el buho—es de trescientos cinco metros y la parte más estrecha es la del

paso de las trincheras del Culebra, que mide noventa y un metros.

—¡Lagarto, lagarto!—volvió a interrumpir don Turu.

—Para salvar el desnivel del terreno ha sido preciso construir doce esclusas que miden trescientos cinco metros de largo por treinta y tres de ancho.

—Cuando a mí me empezaban a salir las primeras fibras de mis luengas barbas—objetó el inspector—no existía este Canal. Tengo yo un mapa en casa en el que no figura para nada.

—No es extraño, señor inspector—dijo el buho—. Las obras de este gigantesco paso de agua no dieron principio hasta el año 1904 y se terminaron diez años más tarde después del in-

fatigable trabajo de treinta y cinco mil obreros dirigidos por cinco mil ingenieros, contramaestres, arquitectos, etc., etc.

—¿Y este canal—preguntó don Turu—no se seca en el verano?

—¡Ja, ja!—contestó el buho con una risita burlona de buen humor—. Como se va a secar. ¿No ve usted que lo riegan mucho?

Rieron todos la ocurrencia del buho y dirigieron al pobre don Turu unas miraditas de lástima que, ya, ya...

Bueno, señores, no crean ustedes que

el científico don Turulato acaba de decir ningún disparate...

—¡Huum...!—dejó oír éste estirando el cuello y alargándose los puños con aire de mucha importancia.

—No olvidéis que el canal está construido a base de esclusas y que éstas, como ocupan un nivel más alto que el de las aguas del mar hay que alimentarlas de agua. Esto, naturalmente, no ocurriría si el nivel de todo el recorrido del canal fuese el mismo que el de la superficie del mar.

—¡Ajajá, ajajá, ajajá!—dijo don Turu retorciéndose los bigotes y paseándose con aires de triunfador de un lado a otro. —¡Ya decía yo!

Los demás se quedaron silenciosos y un poco avergonzados, esperando la explicación del sabio buho.

—Sí, señores;—continuó el buho—. Las esclusas hay que alimentarlas de agua y este problema, nada fácil de solucionar por cierto, lo resolvieron los ingenieros americanos del siguiente modo.

La altura máxima del nivel del canal la alcanza un lago artificial. Un lago construido por los ingenieros.





—Eso no puede ser—arguyó el inspector mesándose las enmarañadas barbas—. ¿Cómo es posible construir un lago? ¿De dónde se saca el agua? No puede ser; no puede ser.

—Que se calle ese señor—gritaron todos—. El sabio buho no miente nunca y lo que dice es más verdad que todo lo que digan los inspectores de todo el mundo, por muchas barbas que tengan.

—¡Gracias, amables oyentes!—dijo el buho, inclinándose en una reverencia—. No os importen las interrupciones porque en vez de perjudicar a mi charla, la benefician. Es un modo de resolver las dudas del auditorio.

El lago artificial pudo hacerse trayendo por medio de un canal las aguas del río Chagres y embalsándolas en el sitio convenientemente elegido por los ingenieros. ¿Está esto claro?

—Clarísimo—contestaron todos,

—Pero si no fuese por esto—intervino otra vez don Turu—conste que el canal se secaría. Quiero que consten en acta mis palabras, y que esa bromita que me ha gastado el señor buho, diciendo que lo regaban mucho, es sólo un desahogo de su buen humor.

—¿Y qué es, sino un riego, lo que hace el lago al suministrarle el agua de su embalse?—repuso el buho—. Si este lago no existiese, no sería posible que las esclusas tuviesen agua y los barcos se encontrarían en seco al querer ganar un nivel superior al del mar.

—¿Y por qué no construyeron todo el canal teniendo en cuenta el nivel de las aguas marinas?—preguntó el curiosísimo Chononcito.

—Porque las obras hubieran costado muchísimo más dinero, más tiempo, más trabajo y más penalidades—, dijo el buho—. La trinchera de la montaña Culebra hubiera habido que profundizarla

veintiseis metros en un trayecto de cerca de quince kilómetros, y la obra de embalse, o sea la del lago de Gatun, era más fácil de realizar. Y por eso se realizó.

Sin embargo, algunos ingenieros opimaron que la cantidad de agua así obtenida no iba a ser suficiente para asegurar el servicio del canal durante la época en que las lluvias escasean, pero la práctica ha venido a demostrar que el caudal de agua del lago es más que suficiente para dar paso a millares de barcos sobre los que ahora lo cruzan, pues pasando en la actualidad unos cuatro mil buques sólo se consume un doce por ciento del agua embalsada en Gatun.

Y en este punto de la charla estaba el buho cuando se oyó gran estrépito por las bodegas.

Era Corretón que había encontrado a la Tormenta y al Ciclón haciendo agujeritos en el casco y los estaba moliendo a palos.

Sonó la campana avisando la hora de la cena y toda la gran familia pinochista desapareció por las escotillas camino del comedor.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



LAURA LA COTORRA INDISCRETA

¡ME JUEGO DOS PESETAS AL CABALLO Y UN DURO A ELAS!

¡ESTA COTORRA LA JOY A TENER QUE REGALAR, PORQUE MI MUJER SE UVA ENTERAR DE QUE ME JUEGO EL DINERO A LAS CARTAS!

¡OTRO DURO A LAS!

¡DOS DUROS MÁS!

¡SEÑOR CLAUDIO, LE REGALO ESTA COTORRA PARA QUE NO TENGA NECESIDAD DE COMPRAR EL GRAMÓFONO QUE QUIERE SEÑORA!

¡PUES ME HE AHORRADO ALGUNAS PESETILLAS!

¡HABLA COTORRITA! ¡DIME LO QUE HACE MI MARIDO FUERA DE CASA!

¡ME JUEGO UN DURO AL REY, OTRO AL CABALLO, Y OTRO A EL AS!

¡AH! ¿SÍ?

¡TOMA! ¡PARA QUÉ JUEGUES EL DINERO A LAS CARTAS!

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



¡QUE BIEN! LA PUERTA ABIERTA! ¡DORMIRÉ UN RATO!



¡QUE GANASTENIA YO DE DORMIR CON FORTABLEMENTE!



¿QUE SUENA? ¡PARECE QUE ANDAN EN LA PUERTA!

¡RRICK!

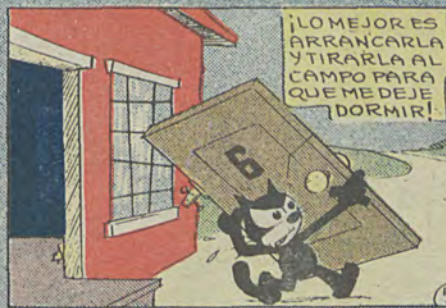
¡RRRACK!



¡ES QUE LA PUERTA ESTÁ DESVENCIJADA Y RECHINAN LAS BISAGRAS!

¡RRICK!

¡RRACK!



¡LO MEJOR ES ARRANCARLA Y TIRARLA AL CAMPO PARA QUE ME DEJE DORMIR!



¡HAZ EL FAVOR DE LLEVAR ESTO AL NÚMERO SEIS DE ESTA CALLE!

¡SÍ, SEÑOR!



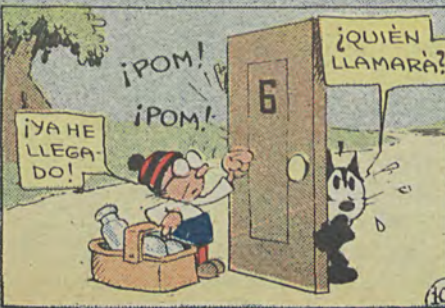
¡POR MAS VUELTAS QUE DOY NO ENCUENTRO EL NÚMERO SEIS!



¡AH! ¡HELO AQUÍ!



¡JURARÍA QUE SE ALEJA ESTA PUERTA! ¡SERÁ EFECTO DE LOS LENTES!



¡YA HE LLEGADO!

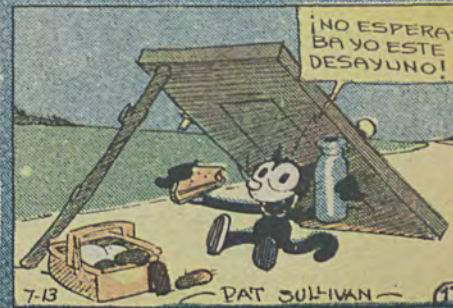
¡POM!

¡POM!

¿QUIÉN LLAMARÁ?



¡AHÍ QUEDA EL ENCARGO DE LA TIENDA DE ULTRAMARINOS!



¡NO ESPERABA YO ESTE DESAYUNO!

CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

EL TONTO DE VALDETOMATES



CLAUDIO Manazas era el muchacho más tonto de su pueblo. Creía a pie juntillas que las vacas blancas daban la leche y las negras el café, y si le hubieran dicho que los burros volaban, lo hubiera creído.

Un día estaba sacando agua de un pozo y se le rompió la sogá, cayendo el cubo al fondo. Y ¿qué dirán ustedes que hizo el hombre? Pues se tiró de cabeza tras el cubo, para sacarlo. El pozo era muy hondo, y Claudio empezó a bajar sin lograr llegar a lo último. No se apuraba por eso; lo que le tenía preocupado era que el cubo no parecía.

¿Y cómo subo yo sin él?

Por fin llegó a poner el pie en el fondo, y comenzó a buscar su cubo. Al fin dió con él, pero estaba boca abajo y servía de asiento a un enano tuerto. El tonto le hizo señas de que se levantara y le dejase coger el cubo, pero el enano le hizo señas de que no le daba la gana. Irritado Claudio, cogió al tuerto por el pescuezo y le sacó de debajo del improvisado asiento. Braceó el enano dando de puñetazos en la cabeza al tonto, y éste se reía, porque tenía la cabeza más dura que la piedra. Viéndose perdido, dió el tuerto un puntapié en la pared, se abrió ésta, y cayeron los dos como despeñados en una sima. A todo esto, el tonto no soltaba su presa, y decía por el aire:

—Donde vayas tú voy yo, y a mí no me metes miedo.

El enano, en tanto gritaba:

—Suelta, animal, que me haces daño.

—¡Como no suelte...!—dijo el tonto.

Llegaron al fondo de la sima, dió un nuevo puntapié el enano, descorriéronse unas piedras, y apareció la puerta de un espléndido palacio.

—Suéltame ya—gritó el tuerto—, y te daré lo que quieras.

—Yo quiero mi cubo.

—Pero, hombre, si no me sueltas no te lo puedo dar.

—A mí no me engañas. Si vuelvo sin el cubo, el tío Ambrosio me desloma.

—Mira—añadió el enano—: para que veas que no te engaño, quítame la gorra y pónstela tú. Con ella puesta, nada puedo contra ti.

Cedió el tonto, y, sin aflojar la mano derecha, con la izquierda le quitó al enano su gorra y trató de encasquetársela. Pero como no sabía manejar bien la mano izquierda, no acertaba a colocarse aquella gorra, que era muy pequeña para su enorme cabezota, y así soltó la mano derecha para ayudar a la otra. En este momento se vió libre el enano, y con la rapidez del rayo entró en palacio y cerró la puerta.

—¡A mí con esas!—dijo el tonto—. ¡Infeliz, como que te me vas a escapar sin darme el cubo!

Y tomando carrera dió en la puerta tan fuerte cabezazo que

la abrió por la mitad, saltando las tablas y cerrojos. Para correr con más libertad se guardó la gorra en el bolsillo, y, colándose de rondón en el palacio, comenzó a dar zancadas por donde creyó que corría su enemigo. Al pasar por una galería llena de estatuas de mármol, se animaron de pronto las estatuas, y empuñando unos garrotes tremendos comenzaron a darle estacazos en la cabeza.

—Ya me podéis dar en la cabecica, ¡ya veréis lo que os pasa!

Los garrotes saltaban hechos trizas al golpear aquel cráneo más duro que el bronce.

—Mira, tú—dijo volviéndose a la última estatua de la galería—: en mi pueblo rompo las rejas con la cabeza.

Siguió corriendo el tonto de nuestro cuento, y al volver el recodo de un pasillo vió al enano sentado en un sillón y echando

de fuego por el ojo que le quedada.

—¿Fueguito tenemos?—dijo Claudio—; pues verás cómo se acaba en cuanto te salte el ojo de un puñetazo. Dame mi cubo, ladrón.

Y, diciendo esto, se precipitó sobre el enano, que no debió estar muy seguro de sí, cuando salió corriendo como un gamo.

Corrió Claudio tras él, y se encontró en un inmenso salón ocupado del modo más extraño. Un gran número de leones, osos, lobos y elefantes se paseaban por la amplia estancia, y en el fondo, en una especie de trono, aparecía sentado un jabalí. Al pronto no supo Claudio lo que hacer; pero, al fijarse en que el jabalí era tuerto, gritó:

—¡Ah, ladrón!, te conozco: dame mi cubo o te mato.

Y pasando sin temor por en medio de las fieras, se lanzó





sobre el jabalí; pero éste salió corriendo mientras gruñía:

—El demonio del tonto me conoce de todos modos.

Tras él salió Claudio gritando:

—¡Dame mi cubo, granujal

Por fin, cansado ya de correr, sentóse en un diván, y allí se quedó dormido. Cuando despertó se halló completamente a oscuras y sin saber en dónde se encontraba. Oyó el sonido de una campanilla y a poco penetraron en la habitación una porción de figuras extrañas, vestidas con hábitos de penitentes, y cada uno con un cirio en la mano. Cuando llegaron al lado de Claudio detúvose la comitiva, y uno de los penitentes, encarándose con el tonto, dijo:

—¡Claudio, estás a punto de terminar una gran empresa! Si sigues persiguiendo el monstruo que nos tiene aprisionados, y logras aniquilarlo, habrás redimido a una porción de personas que gimen en el más duro cautiverio.

Y se puso en marcha la procesión, desapareciendo al poco rato.

—Pues, señor—decía el tonto—, por lo visto estoy haciendo algo de provecho sin saberlo. Pero lo cierto es que me han quitado el cubo, y que no parece. ¡Como le eche mano al tuerto, esta vez no se me escapa! Y, a propósito, ¿no me dijo que poniéndome su gorra podía tanto como él? Pues voy a probar.

Sacó la gorra del bolsillo, se la puso, y dijo:

—A ver si hay luz, que me aburro a oscuras.

No bien hubo acabado de decirlo cuando aparecieron unas antorchas sostenidas por candelabros de bronce.

—¡Calla, pues es verdad que la gorrita tiene mucho poder! Bueno: pues quiero mi cubo.

En el acto apareció el cubo a los pies del muchacho.

—Por lo que veo, ha llegado la hora de pedir. Pues como tonto voy a hacer mis peticiones: Quiero una escopeta que jamás yerre el tiro, unas zapatillas que me lleven donde yo quiera, y un bolsillo que siempre esté lleno.

Una escopeta, unas zapatillas y un bolsillo aparecieron a sus pies. Calzóse las zapatillas, guardóse el bolsillo y empuñó la escopeta.

—Ya estoy listo—dijo—; ahora, quiero que se me presente el tuerto.

Oyóse un estrépito formidable, y al mismo tiempo los gritos del enano que decía:

—No quiero ir y no voy. Yo puedo tanto como mi gorra y me resisto.

Pero el tonto dijo:

Ayuntamiento de Madrid

—¡Zapatillas, llevadme donde está el tuerto!

Y en el acto se encontró en una gran habitación forrada de hierro, con una serie de puertas cerradas con pesados cerrojos. En un rincón estaba su enemigo. Viéndose descubierto, encaróse con Claudio y le dijo:

—Haces mal en perseguirme: yo no te hice daño. Además, nada puedes contra mí, porque si tú tienes una escopeta que nunca yerra, yo tengo una coraza en que se estrellan todas las balas; si tienes unas zapatillas que te llevan donde quieres, yo tengo un caballo con alas, que vuela como el pensamiento; de modo, que seamos amigos y vete de aquí.

—Imposible. Tienes que soltar a los que tienes presos—dijo el tonto.

—Eso nunca. Vete; te digo.

—Bueno; pues ahora te respondo que si tienes una coraza para las balas y un caballo para huir, yo tengo un cubo muy hermoso para romperte la cabeza, y con él no te valen encantos ni desencantos.

Y tiró el cubo al enano con tal acierto, que, dándole en la cabeza, lo dejó tendido. Lo mismo fué caer al suelo el enano, cuando de su abierta cabeza comenzó a salir

un humo espeso que fué llenando la habitación.

El humo fué condensándose, y a poco tomó la figura de siete mujeres horribles. Eran los siete pecados capitales, que vivían en el cerebro del enano. La Ira quiso pegar a Claudio; la Gula se le quiso comer; pero el tonto arremetió a cabezazos con todas y las hizo desaparecer. Hundióse con estrépito el palacio, y muchas personas de distintos países y calidades aparecieron junto a Claudio, que las miraba con recelo. Eran las víctimas del enano. Diéronle las gracias por haberles salvado, y cada cual se fué a su país.

El tonto volvióse a su pueblo de un salto, gracias a sus zapatillas, y conservó cuidadosamente sus talismanes. A veces sale de caza, y siempre vuelve con todas las piezas a que apunta; hace viajes rapidísimos, sin que nadie sepa cómo va y vuelve tan pronto; y, además, nunca le falta dinero. Por eso, en Valdetomates, ya no le llaman el tonto.

Y lo que él dice cuando alguno le pregunta la causa de su bienestar:

—El seguir erre que erre en mi camino, sin desmayar ni un momento. El hombre que vacila, nunca será nada en el mundo.

FIN



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE NOVIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LAS ARDILLAS



Por un país de perros—no por un país detestable y mísero sino por un país de perros de verdad—camminaban tres ardillas...

Juguetonas, alegres, vivarachas, iban derrochando buen humor y donaire en su camino.

Pero desgraciadamente cayeron en tres trampas que había preparadas para la caza de unas feroces alimañas...

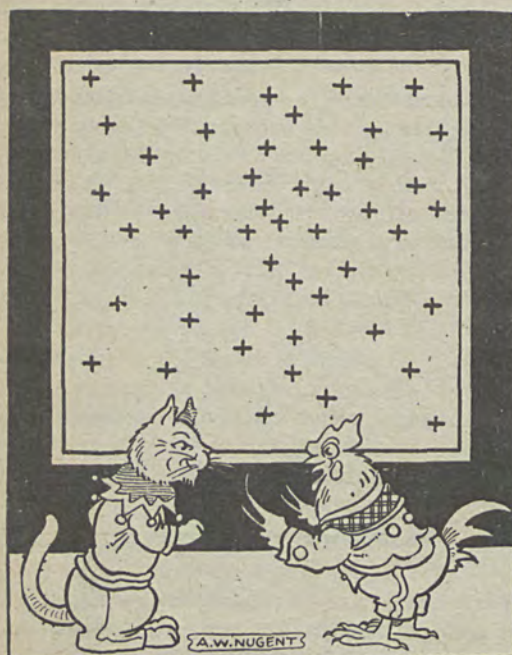
Y allí quedaron las pobres ardillas...

Que historia tan triste ¿verdad?

Pero vosotros podéis libertarlas de los crueles cepos si lograis averiguar dónde se encuentran las citadas ardillas.

¡Sed humanitarios!

EL CONEJO



Por entre unas matas seguido de perros

podemos decir nosotros, como en la célebre fábula, corre un animalito.

Si queréis saber cuál es unir los números con líneas, siguiendo el correspondiente orden.

Pero daos prisa porque como el tal animalito va corriendo, en cuanto os descuidéis se os escapa y ya no le podréis atrapar.



Hay que dividir el cuadrado en cuatro partes, tan sólo con dos líneas rectas, pero con la condición de que en cada parte queden 12 cruces. Tened en cuenta que en el cuadrado hay 49 cruces.

Ayuntamiento de Madrid

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



La niña de las rosas
Julita Amalla Usoz



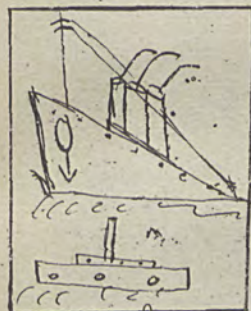
La capillita.—Emilio Sevillano



Nelia
Joaquina Jaraquemada



Mi hermana
Al erto Rubio



Vapor y submarino
Fernando Ortega



Una dama del siglo XV
Angelines Pelegrin



Dick-Turpin
Jesús Orcazarán



Un bandido.—Angel Conde



Don Turulato
Teresina Serra



Don Turulato
M. L. Brian Molino



Cargando sal
M. Carmen Sevillano



Mi caracol Alberto Rubio



El Observatorio de la Isla
Maria del Carmen Sevillano



Mi cebra
Manolo Carlier



La revoltosa
Garmen Allí



Pareja de aldeanos
Pepito Baño



Un amigo
Luis Moro



El «Pinocho»
J. Jaraquemada



Un explorador
Elenita L. E.



La esfera
Alberto Rubio



Mis mejores amigos.— Joaquín Castro



Un americano
Raimundo Calvo



Escena guerrera
Antonio Pou



Tom Mix
Victoriano Pardo



El gordito
Jesús Orcazarán



El «Largo».—Enrique Arias



Curriñe
A. T. L. L.



Barco.—Andrés Cano



El «Cerebillo» Ayuntamiento de Madrid



Mi casita de campo
Gamon G. Pérez



Casita de Pinocho
Juanito Ledesma



Charito
Garmen Allí

VIDA PINOCHISTA



JUANITO DE LA SERNA
Formidable dibujante pertinaz voluntarioso.



PILARÍN RUCOBA
Tiene un ingenio peregrino, 5.º premio de pasatiempos



RENATO ALFONSO ROMERO
Premio de soluciones
Es un *hacha*



GABRIEL RUIZ JAIME
Excelente dibujante y animoso pinochista



SALVADOR PÉREZ
Nuestro inquieto colaborador, 4.º premio de colaboración



LUIS GABRIEL GARCÍA
Pudonoso pinochista, primer premio de colaboración



M.ª ELENA ANGUERA
Artista sensible y delicada
Accesit de colaboración



Ramón, Joaquina e Inés Jaraquemada,
Los hermanos Quintero del pinochismo
Dibujantes excelsos los tres



HERMENEGILDO GINER
Tiene un lápiz elegante y fácil
4.º premio de colaboración



RAFAEL MELERO
Estupendo dibujante gallego
colaborador de esta Revista



SELLOS DE COLÓN



Se ha puesto en circulación una lindísima colección de 35 sellos de Correos dedicados a conmemorar el descubrimiento de América y a enviar mi efusivo y fraternal saludo de España a sus hijas de Ultramar. La colección es bellísima y su interés filatélico tan grande que ningún coleccionista dejará de hacerla figurar en sus albums.



Ayuntamiento de Madrid

ANITA BUEN- CORAZON



Reg. U. S. Pat. Off., Copyright, 1938, by The Chicago Tribune



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

Blanca-Luz, la hija de la bruja
y el gato Zipizape

A pesar de tener un nombre de princesa de cuento, y de ser bonita como una princesa de cuento,

Blanca-Luz no era princesa.

Era una duquesita—ya está bien así ¿no os parece?—y vivía en un magnífico palacio, con el duque Dorotilio, su señor padre, y con muchos amigos a quienes ella quería... no tanto como a su padre, no, pero quizá no mucho menos.

Estos amigos de Blanca-Luz eran todos los animales grandes y chicos que había en el palacio, en el parque y en sus alrededores.

Pero de todos los amigos de la duquesita, el predilecto era uno a quien conoció de una manera algo extraña..

Un buen día se hallaba Blanca-Luz sentada en el jardín, bordando unas magníficas zapatillas en las que se veía una cabeza de león majestuosa y fiera, a punto de cruz, que destinaba a su papá, en el día de su santo, cuando de pronto, al levantar la mirada de su labor, vió, detrás de un macizo de rosas de té, una bola negra, sedosa y aterciopelada.

—¡Jesús!—exclamó la duquesita—mi aya doña Cune-gunda, ha dejado caer por la ventana mi manguito de peluche.

Y se acercó a recogerlo. Pero entonces vió que sobre el manguito brillaban dos gruesas piedras verdes.

—¡Jesús!—tornó a exclamar la duquesita—hoy es día de catástrofes, pues se conoce que se ha roto el hilo de mi collar de esmeraldas y dos piedras han caído sobre el manguito.

Afligida, la duquesita extendió la mano; pero entonces sí que sucedió algo extraordinario; en el instante preciso en que iba a coger la esmeralda, estas desaparecieron; y el manguito ya completamente negro, se movió.

Así fué como la duquesita Blanca-Luz se encontró al gato Zipizape que era tan negro y sedoso que parecía un manguito de peluche; y tenía los ojos tan verdes y brillantes que parecían dos esmeraldas; dos esmeraldas que desaparecían cuando Zipizape cerraba los ojos.

Nadie supo cómo aquel precioso felino se había introducido en el parque. Lo único cierto es que desde entonces perteneció a la duquesita Blanca-Luz. Y de ella no se separaba nunca; por la mañana, Blanca-Luz con sus propias manos le lavaba, le frotaba con colonia y le perfumaba con esencia de violeta; cada día le ponía al cuello una cinta de un color distinto de la cual pendía invariablemente un cascabel de plata.

Pero no por eso descuidaba sus pájaros, sus peces, sus caballos, vacas, patos y demás antiguos amigos; afortunadamente, Zipizape no era celoso; aun cuando adoraba a su amita, no se ofendía porque prodigara mimos y cuidados a otros animales. Debía de tener muy buen fondo y por esto Blanca-Luz le quería doblemente.

¡Figuráos por lo tanto la desesperación de la duquesita el día en que se le perdió su adorado Zipizape!

La duquesita se sentó en un banco del jardín y gimió: «Ya que he perdido a mi gato no me queda más que morir». Pero en aquel instante una avispa se posó sobre su hombro. Blanca-Luz no se asustó; ya sabía ella que no la había de picar, pues ningún bicho le hacía daño nunca. La avispa susurró a su oído:

—Duquesa, yo sé dónde está tu gato; le he visto entrar en casa de la bruja Kapocha; esa vieja es una mala mujer y por lo visto le retiene prisionero.

—Voy, corro, vuelo por él—exclamó la duquesa.

La bruja vivía en el bosque en una casucha tan fea como ella.

—El gato está aquí—dijo—le guardo en castigo porque ha entrado por la ventana para beberse la leche de mi desayuno.

—¿Yo le daré a usted toda la leche que quiera e incluso una vaca.

—Espera, hijita, eso es lo de menos; lo grave es que al beber, tu gato ha tirado la taza y la ha roto. Mira los pedazos:

—Yo le regalaré otra taza mucho más bonita, y hasta si quiere le daré vajilla entera, de oro.

—Lo único que necesito es una taza igual, que a tí te parece tan fea: si no la tengo dentro de tres días, tu gato está perdido.

Blanca-Luz cogió los pedazos de la taza rota que eran siete y se volvió corriendo a palacio; llamó a siete criados, les entregó a cada uno un pedazo y ordenó:

—Necesito inmediatamente una taza igual a esta.

Los siete criados partieron en siete direcciones distintas; pero ¡ay! en todas las tiendas les contestaron lo mismo; la taza era de una materia extraña, desconocida en todo el país.

Cuando la duquesita se enteró de este resultado estuvo a punto de morir ahogada en sus propias lágrimas. ¡Zipizape estaba perdido! Pero en el instante de su mayor desesperación oyó un «pío pío» cariñoso; era una golondrina que le dijo...

Le dijo lo que yo os repetiré el domingo próximo.

